

## **El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura**

*Patricia Arias*

CUANDO DOÑA MARÍA recuerda las enseñanzas de su abuela para el tejido del sombrero de palma y doña Jovita comenta sus tribulaciones como costurera novata en los años setenta, sin duda aluden a dos distintas historias y trayectorias del empleo femenino en el medio rural: la primera, a una herencia artesanal por lo menos centenaria de las mujeres de los pueblos del Rincón, en Guanajuato; la segunda, a un fenómeno reciente y novedoso de instalación de fábricas y talleres en múltiples ciudades pequeñas y localidades rurales en la región occidental del país. Pero desde hace algunos años ambas trayectorias han comenzado a encontrarse: doña María y doña Jovita son ahora unas más de las miles de trabajadoras a domicilio que se encuentran en las rancherías, pueblos y ciudades pequeñas de Guanajuato, Jalisco, Michoacán y Aguascalientes; las dos forman parte de ese novedoso, amplio pero prácticamente desconocido proceso de proletarización femenina que desde hace unos quince años se ha desencadenado e invadido el medio rural, cuyas características se tratarán de describir en las páginas que siguen.

### **El empleo rural: los escenarios previstos**

Ciertamente las numerosas investigaciones sobre el campo llevadas a cabo durante la década de los setenta detectaron un problema central y al parecer irremediable de la vida rural: la escasez y precariedad del empleo agropecuario. El crecimiento de la población, el cambio de cultivos o la escasez de tierra por razones demográficas o triquiñuelas político-económicas (despojo,

acaparamiento) dificultaban la supervivencia campesina por la vía agrícola y no se observaban —o no se captaron— los indicios de otras opciones de empleo en el campo.

Frente a la precariedad del trabajo agrícola, uno de los escenarios observado, y seguramente el más proyectado y difundido, era que la población rural tendería cada vez más a desplazarse, a migrar hacia las ciudades mayores o hacia el “norte” en busca del empleo que no se generaba en su terruño. Para muchos de los que a pesar de todo se quedaban en sus localidades, se preveía su ingreso a las filas del jornalerismo agrícola, forma de trabajo que tendía a generalizarse con el desarrollo de los cultivos comerciales, sistema que en muchos casos imponía una gran movilidad de los trabajadores en el territorio nacional y que era, más que nada, una alternativa laboral para los hombres.

El empleo manufacturero en el medio rural tenía un horizonte mucho más restringido. En la medida en que la actividad industrial se asociaba a la noción de un gran y complejo establecimiento, su desarrollo e impacto parecían limitarse a aquellas regiones donde de hecho existía una tradición al respecto (una mina, alguna añosa fábrica, un ingenio), donde el Estado había puesto un gran empeño en promover un polo de desarrollo (Ciudad Sahagún, Las Truchas), o en las cuales se efectuaba una transformación mínima de un producto agrícola local (empacadoras), por lo regular en manos de compañías extranjeras. El desarrollo de actividades productivas en pequeña escala se asociaba de inmediato con las “artesanías” y por lo tanto con comunidades indígenas y con formas tradicionales de organización y sistemas arcaicos de producción.

Esa concepción siempre implícitamente presente del quehacer agrícola como el horizonte exclusivo de la vida rural, marcaría la orientación y permearía el esfuerzo oficial. El Estado procuraría promover la diversificación del empleo y el trabajo campesinos por los medios más convencionalmente cercanos a su imagen de lo rural: el fomento pecuario, el estímulo a la elaboración de artesanías en el caso de comunidades indígenas, la búsqueda de formas de autoempleo para amas de casa que contribuyeran a la supervivencia familiar (instalación de granjas avícolas, crianza de puercos, procesadoras de algún producto alimenticio, clases de costura, cocina, manualidades).

No obstante el sesgo —y sus ambiguos resultados— de la te-

rapia gubernamental, el diagnóstico era atinado y urgente: la sociedad rural requería de mucho empleo para garantizar a sus miembros un nivel mínimo de vida y limitar su éxodo.

### **La manufactura: el escenario imprevisto**

Serían otros sectores sociales —locales y foráneos— con otro modo de concebir y de relacionarse con el medio rural los que desde el principio de la década de los setenta empezarán a modificar profundamente y a ampliar notablemente el mercado de trabajo de muchas comunidades campesinas y de las ciudades medias y pequeñas del occidente (Arias, 1987). Para estos nuevos sectores, la sociedad rural podía encargarse perfectamente de la producción manufacturera de diferentes actividades del sector de bienes de consumo. El resultado, en pocos años, ha sido la emergencia y generalización de un modelo manufacturero sustentado en la producción de múltiples pequeños establecimientos, que, en muchos casos, han descubierto y recurren al trabajo domiciliario de innumerables mujeres de origen y destino rurales.

Este fenómeno manufacturero fue detectado y estudiado, quizá por primera vez, a mediados de los años setenta. En dos pequeñas comunidades rurales del centro del país, cercanas a la ciudad de México (Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala y Chiconcuac, estado de México) numerosas familias poseían pequeños talleres que les permitían vivir del tejido de diferentes artículos y prendas de vestir. En ambos casos una serie de tareas, ligadas especialmente al acabado de los productos, se enviaba al trabajo domiciliario femenino en las mismas localidades y en otras comunidades rurales cercanas (López, 1977; Rodríguez, 1977; Creel, 1977). En varios municipios de los Altos de Jalisco se comprobó, aunque sólo en el de Arandas se analizó, la aparición de una serie de nuevas actividades productivas, particularmente en los giros de la ropa y el calzado (García, 1975).

Diez años más tarde la manufactura rural en los giros del tejido de punto, y sobre todo en la confección de prendas de vestir, se difundiría mucho más ampliamente. En efecto, volverían a proliferar las fábricas textiles, ahora junto con maquiladoras de ropa en las cercanías de Santa Ana Chiautempan (Leñero,

1984); se empezaría a conocer la amplitud y variedad de la maquila de confección de algunas prendas en los municipios rurales del sur del valle de Toluca (Cuéllar, 1983), en el estado de México; se sabría que en infinidad de pequeñas comunidades de la región donde colindan el norte de Guanajuato y el occidente de Querétaro se tejían y confeccionaban cotidianamente miles de prendas de bebé, niño y dama (Suárez, 1983; Treviño, 1986; Ceja, 1987); se descubriría la existencia —y se analizaría el efecto sociocultural— de más de 50 talleres de tejido de punto en una localidad del Bajío zamorano (Wilson, 1987). En todos los ejemplos mencionados se observaba una constante de manera más explícita y unívoca que en el decenio anterior: la utilización de la mano de obra femenina en las fábricas y talleres, pero sobre todo la expansión del trabajo a domicilio para mujeres.

En pocos años el fenómeno no sólo se había difundido y arraigado. También cambiaría el ambiente y la sensibilidad intelectuales para entenderlo y conceptualizarlo. Como es bien sabido, en los setenta se solía hacer hincapié en el carácter “complementario” y en la naturaleza familiar, es decir, básicamente solidaria, de las actividades no agrícolas que realizaba la población rural. La apertura de la investigación al análisis de la condición femenina ha permitido empezar a captar y evaluar de manera más precisa el papel y la importancia del salario de la mujer rural en diversas situaciones sociales y familiares; ha permitido asimismo mostrar las relaciones de explotación que implican las nuevas formas de trabajo de la mujer campesina.

Con todo, en la investigación sobre la manufactura rural tiende a persistir una rémora: la búsqueda del antecesor artesano. Una posible explicación de esto quizá sea que ello permitía mantener el principio de la complementariedad y del predominio del quehacer agrícola. Todos en algún momento nos hemos dejado tentar por la idea de explicar la manufactura actual por algún antecedente artesanal de la vida pueblerina. Ciertamente esa continuidad encontró asidero durante la década pasada porque de hecho se estudiaron localidades poseedoras de una tradición productiva —siempre considerada artesanal— en un giro supuestamente relacionado con la nueva actividad de transformación: en el tejido de punto casi siempre se encontró la existencia previa de obrajes o telares domésticos; la fabricación ahora masiva de partes de muebles tenía algo que ver con la herencia centenaria

de hechura de objetos de madera en comunidades de la meseta purépecha en Michoacán.

Ciertamente ha habido —y sin duda aún las hay— coincidencias y continuidades, pero hoy por hoy resultaría difícil insistir y privilegiar ese argumento. Con la difusión del fenómeno han empezado a abundar también los ejemplos donde no se encuentran antecedentes productivos locales. En verdad, la manufactura rural parece tener que ver más con una combinación y confluencia de factores y situaciones actuales que con la persistencia de formas y sistemas de trabajo tradicionales.

### **El occidente manufacturero**

Aunque se han documentado ejemplos de manufactura rural (Elizalde y Peláez, 1986), sobre todo tejido y confección de prendas de vestir, en el centro del país (Cuéllar, 1986; Leñero, 1984), la región occidental parece ser, por ahora, el espacio más prolífico en cuanto a número de establecimientos y a variedad de actividades (Arias, 1987).

El giro más ampliamente difundido es, sin duda, el de la confección de prendas de vestir. Como se dijo, éste se ha arraigado y prospera en el triángulo que se inicia en Aguascalientes, bordea hacia el sur por los Altos de Jalisco hasta Guadalajara, se desplaza al este hasta la pequeña y afamada ciudad manufacturera y comercial de Moroleón en el sur de Guanajuato y sube por el noroeste, de nuevo hacia Aguascalientes. En el triángulo quedan incluidas quizá cientos de localidades de Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco y Michoacán que se han especializado en la confección de alguna de las múltiples y diferentes prendas de vestir (Arias, 1986) porque, como también se ha dicho, la manufactura rural ha propiciado un proceso de especialización microrregional en cierto producto predominante en cada subregión. De ese modo algunas microrregiones fabrican pantalones (Irapuato), chamarras (occidente de Guanajuato-Altos de Jalisco), camisas (municipios del centro-sur de los Altos de Jalisco) y vestidos de niña (occidente de Guanajuato) (Arias, 1987).

Seguramente la segunda labor más importante en cuanto a producción y número de trabajadores sea el tejido de punto; se lleva a cabo en localidades del sureste de Aguascalientes, de los

Altos de Jalisco, del noreste de Guanajuato y del Bajío zamorano (Arias, 1987; Suárez, 1983; Treviño, 1986; Wilson, 1987).

En las localidades cercanas a San Francisco del Rincón en el occidente de Guanajuato se producen zapatos y tenis, y en el poblado de Comanjilla, vecino de León, Guanajuato, se trabaja también el calzado (García, 1988). Alrededor de San Francisco del Rincón se producen además sombreros y muebles de jardín. Buena parte de la producción nacional de esferas navideñas de vidrio soplado procede de tres localidades de los Altos de Jalisco (Arias y Durand, 1987). Diversas comunidades municipales de Michoacán (Chilchota, San José de Gracia, Ario de Rayón) son grandes productoras —y exportadoras— de arreglos florales nupciales de azahar parafinado y migajón (Ramírez, 1986; Dr. Luis González, comunicación personal). En los municipios purépechas de ese estado se elaboran gran cantidad y variedad de muebles, partes de muebles (pata), juguetes y accesorios de madera (García, 1987; Tapia, 1987).

### **La manufactura y el trabajo a domicilio**

No obstante la diversidad de giros, de artículos y las variaciones intrarregionales y locales de la manufactura rural, en general se observan cuatro formas de organización para la producción que recurren con diversa intensidad al trabajo a domicilio: el taller maquilador, la fábrica, el pequeño taller industrial y la producción totalmente fragmentada y dispersa.

De ellas, sólo el taller maquilador —es decir, el que se dedica a la elaboración por encargo de una determinada parte de un producto— es el que aparentemente depende menos del trabajo a domicilio. La maquila, forma de trabajo muy socorrida en la confección de prendas de vestir, requiere usualmente de maquinaria especial para satisfacer ciertas normas de calidad exigidas por contrato; por ello resulta más adecuado, y controlable, el trabajo asalariado en el taller. Como, por lo regular, la maquila opera en la clandestinidad, es decir, sin contratos de trabajo y al margen de la legislación laboral, no existe mayor problema en contratar personal que, como todo el mundo sabe, puede ser fácil e impunemente despedido.

En las fábricas, la situación es diferente. Por ahora, la ma-

nufactura rural se orienta hacia la producción de bienes de consumo, lo que la somete en gran medida a los avatares de la moda y a los cambios de estación; por eso mismo también la posibilidad de bajar sus costos depende en gran medida de que sea capaz de reducir el precio de la mano de obra. En muchos casos, la venta del producto terminado y el tamaño de las operaciones fabriles no les permiten pasar tan inadvertidas como quisieran; por ello se ven obligadas a reconocer a algunos de sus trabajadores. Ante esta situación el trabajo a domicilio se ha convertido en una buena opción: permite modificar, incrementar o reducir con gran rapidez y bajo costo el tipo, la cantidad y la calidad de los productos que se elaboran.

En el caso de las fábricas ciertamente no todo el trabajo se manda a domicilio pero sí se utiliza de manera constante aunque cambiante, de acuerdo con la moda y la temporada. El calzado de mujer, y cada vez más el de hombre, experimenta profundos y sucesivos cambios de modelos que, en muchos casos, exigirían una nueva y seguramente costosa máquina. Una forma de evitar esto, probablemente la más barata, es recurrir al trabajo domiciliario, que se adapta con más facilidad a los cambios. Así sucedió en San Francisco del Rincón, Guanajuato; con el calzado conocido como *top sider*: antes de que pasara de moda resultaba mucho más barato a corto y largo plazos pagar a centenares de mujeres para que realizaran en su domicilio la costura distintiva de ese tipo de calzado, que comprar una máquina o contratar a los trabajadores que se necesitaban en la fábrica. Las mujeres pobres de la ciudad y sus alrededores rurales aceptaron el trabajo y sus condiciones: ellas ya saben que hay un continuo ir y venir entre el empleo y el desempleo manufacturero a domicilio.

En otras situaciones, el trabajo en la casa forma parte del funcionamiento regular de las fábricas en algunas tareas y momentos específicos, como por ejemplo, en la elaboración de esferas navideñas. Hacia fines de cada año, cuando se incrementa la producción, el armado de las cajas de empaque se realiza en el domicilio de docenas de mujeres de dos localidades rurales de los Altos de Jalisco. Entre las solicitantes abundan las hermanas casadas de las obreras y las ex obreras, también casadas, de esas fábricas. Ciertamente existe una máquina que hace ese tipo de empaque, pero el costo, el mantenimiento y la materia prima

que requiere resultan más onerosos que el trabajo a domicilio (Arias y Durand, 1987).

Otra tarea específica —y en este caso insustituible— que las fábricas y talleres encargan a domicilio es el tejido del sombrero de palma y plástico en San Francisco del Rincón y sus alrededores. Aunque ya ha disminuido bastante ese trabajo, todavía se ve, de tarde en tarde, a muchas mujeres y ancianos tejiendo o entregando las tareas de sombrero recibidas. Una labor domiciliaria persistente, sobre todo en las rancherías, es la de “vestir” (forrar y adornar) sombreros de charro, artículo imprescindible en aeropuertos y tiendas para turistas.

La pequeña industria, es decir, el taller donde se elabora totalmente un artículo que vende terminado es sin duda el que utiliza más intensiva y extensivamente el trabajo a domicilio en diferentes tareas.

En los Altos de Jalisco y el occidente de Guanajuato la añosa sabiduría femenina del deshilado ha sido retomada por los talleres: son cientos las mujeres que ocupan buena parte de su tiempo, entre cuatro y seis horas diarias, a deshilar las pecheras y fajas que los talleres agregarán posteriormente a los vestidos de mujer, niñas, niños, trajes de novia y ropa interior. Por lo regular, los talleres no encargan el deshilado en la misma localidad en la que están establecidos. Lo distribuyen entre las señoras de otro lugar y recogen las pecheras y fajas quince o treinta días después, y sólo entonces pagan el trabajo. Otro medio es que alguna conocida o trabajadora del taller se lleve “el material” (tela e hilos) a su comunidad para distribuirlo entre parientes y vecinas para que lo deshilen, luego recoge las pecheras o fajas y las regresa al taller, cobrando una comisión por cada prenda. El viaje de las mujeres de los ranchos en busca del mandado semanal al pueblo o la ciudad más próximos se ha convertido también en la ocasión para entregar y recibir trabajo a domicilio. La pequeña industria fincada en pueblos prefiere dar el trabajo a mujeres de las rancherías cercanas porque les resulta más barato. Así, no es raro encontrar pueblos donde las lugareñas deshilan para un taller de la ciudad y las de las rancherías cercanas se encargan de los deshilados para los talleres de ese pueblo.

Gracias al trabajo a domicilio los talleres pueden responder con rapidez y bajo costo a las modificaciones que impone la moda, particularmente en lo que se refiere al adorno, siempre



cambiante, de las prendas (algún bordado, una costura especial). En cuanto a las pequeñas empresas de fabricación de ropa, prendas de tejido de punto y calzado, suelen dejar al trabajo domiciliario las tareas de planchado y empaque de las prendas, quehacer que en realidad encubre varias actividades (revisar, reparar, concluir algún adorno, doblar, envolver, armar el empaque y colocar la prenda en éste).

En los giros de la confección, el tejido de punto, el calzado y el sombrero existen trabajadores a domicilio que, gracias a que cuentan con una máquina, realizan tareas para diferentes talleres de su localidad.

En los ejemplos anteriores, el trabajo a domicilio desempeña un papel muy importante pero complementario del que se lleva a cabo en el taller. Pero también existe una organización fragmentada y dispersa que trabaja casi exclusivamente con trabajadoras a domicilio; este sistema es el que predomina en algunas áreas y en la elaboración de ciertos artículos. Sería el caso, por ejemplo, de los muebles de jardín. En San Francisco del Rincón hay unos diez talleres de herrería donde, entre dos personas, fabrican la estructura de metal de los muebles. Las armazones se envían a una docena de rancherías cercanas para que las tejan; así, cada taller requiere del trabajo de unas veinte mujeres, lo que, en total, significa el empleo de unas doscientas campesinas. En el occidente guanajuatense, asimismo, prácticamente todo el vestido corriente de mujer y niña, que se vende en los tianguis más populares, se elabora exclusivamente en decenas de casas de rancho: sólo se requiere una máquina de coser y un buen contacto para integrarse a la red. Cada patrón o patrona entrega los cortes, que ellos mismos o algún pariente realizan, a treinta o cuarenta mujeres de las cinco o seis rancherías con las que regularmente trabajan. Cada viernes o sábado las mujeres se presentan en las casas de los patrones a entregar las prendas terminadas, a cobrar y a recibir los lotes para la siguiente semana. En esa microrregión de Guanajuato hay por lo menos diez talleres que funcionan de esta manera, es decir, ocupan entre trescientas y cuatrocientas mujeres.

Este modelo fragmentado y disperso parece ser el más difundido también para la fabricación de prendas de vestir de tejido de punto en el noreste de Guanajuato. Allí, en los ocho municipios de la región, nos dicen Suárez (1983) y Treviño (1986), exis-

ten unas 14 000 mujeres que con sus maquinitas y en sus casas se dedican febrilmente al tejido de prendas de bebé, niño y mujer, prendas que luego deberán lavar, planchar y doblar. La fabricación moderna y comercial del huanengo purépecha en la meseta michoacana sigue un modelo similar: los comerciantes distribuyen la manta a las mujeres de Nahuatzen y sus tenencias para que corten y armen el huanengo que, posteriormente, se entrega a otras mujeres para que lo borden, también en sus casas (García, 1987).

La otra forma muy generalizada de trabajo a domicilio es aquella en que ni siquiera existe un taller matriz. Por lo regular se realiza para comerciantes que han descubierto cierta habilidad rural femenina o la demanda externa de algún artículo y se dedican a promover su hechura de manera cambiante pero masiva. Debido al viejo conocimiento de las mujeres de Manuel Doblado (Guanajuato) y sus alrededores del tejido de dos agujas, en tiempos recientes muchas de ellas han sido contratadas para tejer los amplios suéteres de muchos colores que se venden con gran éxito en las *boutiques* de la ciudad de México. Las tejedoras reciben el material, alguna indicación del modelo y cobran al entregar. En 1987 se pagaban 7 000 pesos por un suéter que en Perisur<sup>1</sup> se vendía a unos 120 000 pesos en promedio. En los últimos años los bordados y deshilados de prendas (blusas) y sobre todo blancos (sábanas, colchas, cojines, manteles, servilletas) hechos a mano han empezado a ser muy solicitados en Estados Unidos, tanto por los mexicanos avecinados ahí, como por los norteamericanos. Aunque en menor proporción también en la ciudad de México y Guadalajara se ha suscitado un renovado interés por los objetos hechos a mano que no se asocian con la artesanía indígena. En la actualidad muchas mujeres de manera permanente o eventual entregan material (tela, hilo), promueven nuevos diseños y encargan una gran cantidad y variedad de artículos que deberán hacer a mano las mujeres de pueblos y rancherías de Jalisco, Guanajuato, Michoacán y Aguascalientes. El armado de pinceles, que ha sido detectado en Valle de Santiago (Guanajuato) parece ser otra actividad que se realiza totalmente a domicilio (Margolis, 1982).

<sup>1</sup> Centro comercial de gran lujo, situado al sur de la ciudad de México.

### **Ser trabajadora a domicilio**

Ciertamente la bibliografía sobre la manufactura y el trabajo a domicilio en el medio rural no es abundante, pero sin duda es de gran calidad. Gracias a esos trabajos se pueden describir las condiciones laborales de esa forma de empleo, trazar un perfil de la trabajadora a domicilio, conocer sus razones y tribulaciones.

Comparado con cualquier sistema de trabajo urbano o rural, el empleo a domicilio en el campo representa ante todo una buena y nueva opción para los empleadores. Como nos enseñan los estudios realizados, en el trabajo a domicilio el empleador no reconoce ninguna relación laboral con la trabajadora y la vinculación entre ambos transcurre totalmente al margen de la ley: las trabajadoras carecen de contrato; no están registradas oficialmente, de modo que no pueden acceder a derechos (antigüedad, reclamación, préstamos, aguinaldo, pago de vacaciones) y servicios (Seguro Social, Infonavit); se les contrata o despide en función de la demanda de cada temporada; se les quita el trabajo sin explicación, retribución o compromiso; se les paga a destajo, es decir, una cantidad fija por artículo entregado, la cual siempre resulta muy reducida, equivalente más o menos a la mitad de lo que se ganaría en un taller; se les aplican sanciones monetarias por pérdida, maltrato o equivocaciones con el material; cuando se utilizan máquinas ellas cubren el costo de mantenimiento, de los instrumentos de trabajo y del consumo de la luz. En muchos casos, el intermediarismo es tal, que la trabajadora a domicilio ni siquiera sabe para quién trabaja; en otros numerosos casos el trabajo a domicilio contratado y pagado individualmente se realiza, en realidad, entre varios miembros de una familia, particularmente ancianos y niños. El argumento de que ganan menos porque dedican menos tiempo al trabajo es muy relativo: de acuerdo con las necesidades de dinero o con la presión que ejerzan los patrones, la jornada de una trabajadora a domicilio puede llegar fácilmente a las diez o doce horas. Por ello la posibilidad de que incrementen su tiempo de trabajo y, por lo tanto, su nivel de ingreso, depende en gran medida de la temporada de que se trate y de la ayuda directa e indirecta de otros miembros de su familia, ya sea que la auxilien en el propio trabajo, la liberen del quehacer doméstico, o ambas cosas.

No obstante esas condiciones, en el trabajo a domicilio in-

tervienen mujeres de todas las edades y condiciones: niñas que asisten a la escuela o ya desertaron; solteras que no acuden a las fábricas o talleres por prohibición familiar o porque se encargan de las tareas domésticas mientras las hermanas salen a trabajar; las "quedadas"; las ancianas. Sin embargo, las mayores demandantes de este tipo de trabajo son, sin duda, las mujeres casadas. Las razones son bien conocidas: se ha convertido en la manera más aceptable, social y conyugalmente, de procurarse un ingreso, puesto que no tienen que salir de casa y de ese modo no desatienden sus obligaciones como madres y esposas y nadie dice que sus maridos no las pueden mantener. Y es que en verdad hay una mixtura de factores económicos, sociales y condicionamientos de género que han obrado en favor del surgimiento y la aceptación de esa forma de empleo para la mujer rural, por más precaria e injusta que objetivamente sea.

A las jóvenes solteras el ingreso en efectivo les ha permitido empezar a independizarse de padres y hermanos para sus gustos y gastos, y con ello a modificar una situación anteriormente cargada de humillaciones y chantajes. A las ancianas y solteras dicho ingreso les permite mantener una mínima independencia económica de esposos, padres o hermanos, muchas veces desobligados, regateadores o incapacitados. A las casadas, para muchas de las cuales el trabajo a domicilio es el único que pueden desempeñar, les ofrece un medio para complementar o de plano sufragar el gasto cotidiano de la familia. En un occidente afectado por la migración masculina a Estados Unidos, el salario de la mujer, por más magro que sea, le permite a ésta alimentar a sus hijos en tanto el marido se acomoda en el otro lado y empieza a mandar dinero o para sobrellevar las temporadas en que él no puede o no quiere enviarlo. De ese modo, además, la casada ha comenzado a escapar del control y de las arbitrariedades de la familia del cónyuge, tan característica de la situación migratoria.

La forma de resistencia al bajo precio del trabajo a domicilio parecería manifestarse en la segmentación del mercado laboral. En las localidades donde el trabajo manufacturero se efectúa en establecimientos y en las casas suele suscitarse una organización diferencial del trabajo en términos de la edad, el sexo y el estado civil de los trabajadores, la cual se establece más en función de las situaciones sociales locales que de las condiciones

del capital. Debido al "precio" tan reducido del trabajo a domicilio los hombres jóvenes no lo consideran como alternativa para sí mismos y aparentemente prefieren ingresar como asalariados en los giros que en algún momento les permitan establecerse por su cuenta: frente al bajo salario que ofrecen las fábricas y los talleres para ellos siempre resulta posible y más atractivo irse de braceros al otro lado (Arias y Mummert, 1988). El trabajo a domicilio suele ser aceptado por hombres de mayor edad que cuentan con una máquina o que lo realizarán de manera subrepticia, puesto que lo consideran como una situación pasajera. Los hombres, que oficialmente mantienen el hogar, no pueden aceptar salarios tan reducidos que no lo permitan. Gracias a esa lógica las mujeres pueden desempeñar esa modalidad de empleo; para ellas el ingreso es sólo una forma de ayuda.

No sólo los hombres eluden el trabajo a domicilio: mientras permanecen solteras muchas muchachas prefieren el empleo en las fábricas y talleres. Allí ciertamente ganan más, salen de las casas y pueden escapar a algunas de las infalibles e infaltables tareas domésticas, participan de un ambiente femenino relajado: en los establecimientos se escucha música moderna a todo volumen; cuando no hay demasiado trabajo las muchachas se pasean bailando, pueden salir a comprar golosinas, platicar, jugar, hacerse bromas.

Así las cosas, el trabajo a domicilio se ha convertido en el principal horizonte laboral asalariado de la mujer casada en varias microrregiones rurales del occidente. Pero no sólo eso. Gracias a la ideología y a los condicionamientos familiares que lo refuerzan y la segmentación que se ha suscitado, la mujer casada constituye la mano de obra más abundante, barata y resignada de la manufactura rural.

### **Conclusiones**

El desarrollo de actividades manufactureras en innumerables localidades rurales y en ciudades pequeñas de los estados del occidente del país parecería formar parte de un proceso de diversificación económica que desde los años setenta se desencadenaría en la sociedad rural. Frente al deterioro de las actividades agropecuarias y la precariedad del empleo en ambos sectores, una de

las orientaciones más acusadas de la sociedad rural occidental parecería ser la industrialización: en pueblos y ciudades se aceptarían actividades productivas nuevas que dieran empleo a la gente de la localidad, se animaría la transformación *in situ* de ciertos productos, se iniciaría la utilización industrial de ciertas habilidades tradicionales, sobre todo femeninas.

En general y hasta la actualidad, la manufactura rural se orienta preferentemente a la fabricación de bienes básicos, para lo cual se basa —y promueve— la proliferación y articulación de innumerables establecimientos de pequeña escala y en la utilización de mucha mano de obra, particularmente femenina. La creación de un mercado de trabajo manufacturero para la mujer rural constituye indudablemente uno de los fenómenos más novedosos y generalizados de la sociedad campesina; particularmente en la modalidad de trabajo a domicilio, que es la que permea toda la estructura manufacturera en el medio rural.

Los iniciadores, promotores y principales beneficiarios de la manufactura rural, son habitantes de las mismas localidades o gente estrechamente vinculada a ellas —comerciantes locales; emigrados a Estados Unidos o a las ciudades de México o Guadalajara; estudiantes y profesionales que no encontraron cabida en sus especialidades ni en las urbes donde se capacitaron; señoras que iniciaron un pequeño taller en sus casas o que decidieron dedicarse al comercio por algún infortunio matrimonial. De allí quizá su enorme capacidad para integrarse e integrar sus establecimientos a las normas sociales y familiares de las localidades (Arias y Durand, 1987). En el medio rural la explotación tiene “cara de comadre”. Apenas ahora, más de quince años después de haberse iniciado el proceso, algunas mujeres han empezado a darse cuenta de que su trabajo no ha sido sólo una “ayuda” para la comadre, sino la principal manera de enriquecerla.

No obstante su origen local, la pequeña escala de las actividades y el carácter de sus promotores, la manufactura rural y el recurso al trabajo a domicilio constituyen un fenómeno netamente actual, moderno, como se dice ahora: expresa y representa, sin duda, la forma más reciente y novedosa de abaratar costos en actividades productivas donde la mano de obra sigue siendo un componente fundamental e insustituible de la producción y, por lo tanto, donde la reducción de su precio resulta crucial para permanecer en el mercado. Este proceso de fragmentación pro-

ductiva y dispersión espacial ha sido documentado y conceptualizado en escalas internacional y nacional (Alonso, 1987; Arias, 1986) como una de las tendencias más consistentes de varios de los giros de bienes básicos a partir de los años sesenta. La manufactura rural parecería formar parte de este fenómeno hasta ahora muy obscurecido por reminiscencias artesanales.

Varios factores contribuyen a que el medio rural resulte óptimo para abaratar costos. La localización de los establecimientos en ciudades y pueblos pequeños permite eludir fácilmente o contrarrestar la legislación laboral y con ello mantener el muy bajo costo de la fuerza de trabajo. La preferencia por la contratación de mujeres, característica de la manufactura rural, y la aceptación social de que trabajen en talleres, y sobre todo en sus domicilios, parecería actuar en el mismo sentido. Tanto patrones como familiares prefieren coincidir en que el trabajo femenino asalariado no es fundamental en la economía familiar: de ese modo no es preciso pagarles más y ellas no pueden reivindicar derechos familiares o conyugales debido a su trabajo. Pero aún hay más. Gracias al trabajo femenino a domicilio se pueden reducir aún más los costos directos e indirectos de la mano de obra: se paga a destajo y, algo muy importante, se puede disminuir o aumentar el número de trabajadoras sin que tengan ni creen ningún tipo de derechos laborales. Con ello disminuye también cualquier eventual riesgo político: debido al trabajo a domicilio muchos talleres no ajustan el número mínimo de obreros necesario para organizarse legalmente en sindicatos; los trabajadores y trabajadoras, del taller y a domicilio, ignoran quiénes y cuántos son.

A pesar de todo lo que uno pueda decir al respecto, en los últimos diez años el trabajo a domicilio ha cundido como la humedad; cientos de mujeres campesinas se incorporan a él apenas se les ofrece. Ellas saben bien que se les paga mal, pero también reconocen que en sus localidades no hay opciones mejores, sobre todo para las casadas; que cada vez es más difícil sostener aquello de que los hombres mantienen la casa y que su ingreso total —o su ayuda en el caso de las solteras— resulta indispensable para sus familias; que es mejor eso a tener que dejar el pueblo.

Y es que quizá el gran acierto, la gran apuesta que ganaron los nuevos empresarios rurales fue crear un mercado de trabajo

para la mujer del campo, sector de la población que había experimentado un profundo pero poco publicitado cambio, para el cual existían pocas vías locales de obtener un ingreso monetario regular, que vivía unas deplorables relaciones de género. Por lo general, la familia, el Estado y en cierta medida también la academia insistirían en conceptualizar y valorarían el carácter siempre doméstico y solidario de los múltiples trabajos que realizaban las mujeres con lo cual se mantenía y legitimaba la gratuidad de sus servicios y la imagen monolíticamente integrada de la familia campesina.

Pero el contexto y las necesidades de la mujer en las diferentes etapas de su vida habían empezado a modificarse en un sentido que favorecería el empleo femenino, sobre todo a domicilio. Aunque sea de Perogrullo, hay que decir que cada vez es más insensato e ilusorio pensar que la gente del campo viva sin ingresos en efectivo regulares y sólo de los que llegan a la hora de las siempre veleidosas cosechas. Hasta las jóvenes de la localidad rural más remota llegan cotidianamente los impulsos de la sociedad de consumo. En estos tiempos para casarse ya no basta ser un dechado de virtudes y quehaceres domésticos. A la naturaleza y la crianza hay que complementarlas con aseo, adornos y prendas de vestir que cuestan dinero. Los hijos no sólo comen y ayudan sino que también van a la escuela, necesitan útiles y alguna golosina, quieren ir a los juegos mecánicos que llegaron para la fiesta patronal, en fin, cada día aumentan sus demandas de dinero, situación que muchos padres rechazan y las madres solventan con su ingreso. Por lo mismo ya no es suficiente que los hombres cuando migran encarguen la alimentación de su mujer e hijos a su familia de origen. En la actualidad, la subsistencia no es sólo comer y siempre humillarse. El trabajo a domicilio ha proporcionado un ingreso a las viudas, solteras, madres solteras, mujeres tradicionalmente dependientes de una estructura familiar autoritaria y cada vez más en crisis por la crisis. La mujer, el sector concebido tradicionalmente como el más conservador, ha sido influido por esta nueva forma de proletarización, de incorporación plena a las relaciones capitalistas de trabajo.

Por ahora, el trabajo manufacturero femenino parecería contribuir sobre todo a modificar algunas de las relaciones de género tan precarias en las que transcurre la vida de la mujer en el



medio rural: entre hermano y hermana, entre padre e hija, entre hermanas, entre madre e hija, entre madre e hijo. Estas modificaciones tienden a desplazar el conflicto entre hermano y hermana hacia las relaciones entre mujeres que se resuelve, por ahora, en la monetarización de las formas de cooperación entre hermanas y entre hijas y madre: ahora todas quieren disponer de tiempo para dedicarlo a alguna actividad lucrativa, como el trabajo a domicilio. Quizá esto mismo sea lo que permitirá al capital disponer, por un buen tiempo todavía, de una mano de obra barata y apolítica. En el medio rural hay todavía muchas cuentas de género que saldar además de las de clase.

### Bibliografía

- Alonso, José Antonio, "Las trabajadoras a domicilio de la maquila del vestido en la metrópoli mexicana y sus relaciones con el capitalismo dependiente", en varios autores, *Estudios sobre la mujer 1*, SPP, México, 1982, pp. 459-469.
- Arias, Patricia, "Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los altos de Jalisco", en *Relaciones*, vol. VII, núm. 28, 1986, pp. 33-60.
- , "La pequeña empresa en el occidente rural", versión mecanoscrita, El Colegio de Jalisco, México, 1987.
- y Jorge Durand, "Santa María de las esferas", en *Sociedad y Estado*, vol. I, núm. 1, Guadalajara, Cismos, 1988.
- y Gail Mummert, "Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México", en *Nueva Antropología*, noviembre, núm. 32, México, 1987.
- Ceja, Lucila, "Efectos de la incorporación de la mujer campesina al trabajo industrial", ponencia presentada en la Primera Reunión Nacional de Investigación sobre las Mujeres Campesinas en México, Oaxaca, México, 12-14 de mayo de 1987.
- Creel, Martha, *Chinconcuac: pueblo de artesanos y capitalistas*, Universidad Iberoamericana, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, 1977.
- Cuéllar, Claudia, *El papel de la mujer en la producción maquilera y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo de la unidad familiar*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, 1983.
- Elizalde, Gloria y Manuel Peláez, *Santiago Cuautlalpan. Una comunidad rural en proceso de cambio*, Universidad Iberoamericana, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, 1986.
- García, Virginia, *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*, Universidad Iberoamericana, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, 1975.
- García, Lucía, "Torneros y costureras de Nahuatzen", versión mecanoscrita, El Colegio de Jalisco, México, 1987.
- García, Nora, "Soy tejedora sobre piedra de río", ponencia presentada en el Seminario de Estudios e Investigaciones sobre el Estado, la Industria y la Agricultura en Guanajuato. 1940-1980, El Colegio del Bajío, Gto., México, 26-29 de enero de 1988.
- Leñero, Estela, *El huso y el sexo (la mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala)*, Cuadernos de la Casa Chata, México, 1984.

- López, Jacqueline, "Talleres y fábricas pequeñas en Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala. Un estudio de caso", ponencia presentada en el Seminario de Antropología Industrial, Universidad Iberoamericana, México, enero de 1977.
- Margolis First, Ana, *El papel de la mujer en la agricultura del Bajío*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, 1982.
- Ramírez, Luis Alfonso, *Chilchota, un pueblo al pie de la sierra*, El Colegio de Michoacán, México, 1986.
- Rodríguez, Olga, "Una industria textil moderna en Santa Ana Chiautempan", ponencia presentada en el Seminario de Antropología Industrial, Universidad Iberoamericana, México, enero de 1977.
- Suárez, Luz María, "La industria a domicilio en México: un estudio de caso en una zona rural", en *Análisis Económico*, vol. II, núm. 1, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, México, 1983, pp. 331-352.
- Tapia, Carlos, "Paracho: de mercado campesino a centro comercial manufacturero", versión mecanoscrita, El Colegio de Jalisco, México, 1987.
- Treviño, Sandra, *El trabajo a domicilio: una forma específica de proletarización de la mujer obrera*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, 1986.
- Wilson, Fiona, "Lucha obrera en una industria rural: historia de una demanda", versión mecanoscrita, El Colegio de Jalisco, México, 1987.